

salieran de las islas e ir a esas tierras inhóspitas y llenas de indios salvajes, siendo sólo vulgares agricultores y no soldados, porque en ellas tan necesario era saber cultivar la tierra, como manejar un arma, como habían podido ver por los ataques que sufrieron durante el viaje por aquellas tierras, hasta llegar a San Antonio. Pensaba que allí nunca estarían seguros. Continuarían atacándolos porque, en definitiva, habían ocupado sus tierras. Más de una vez había pensado en volver a Canarias, pero lo había descartado por imposible. Temía que todos sus sacrificios y muertes no sirvieran de nada, si las ayudas prometidas por el Rey al venir no se las daban y quizá su fin fuera morir de hambre o en manos de los indios infieles. ¿Valía la pena tanto esfuerzo? ¿Valía la pena tanto sacrificio para morir en tierra extraña? Se sentía abrumado por la gran responsabilidad que había contraído con todos sus compatriotas, desde el día que salieron desde Santa Cruz de Tenerife. Como les había dicho antes, en Canarias era diferente. Estaban más protegidos frente a las injusticias, no sólo por las autoridades de las islas, sino incluso por la misma Corte, por estar más cerca.

Allí, en medio de aquellos territorios, rodeados de indios, era casi imposible ir solo a México a ver al Virrey. Además, los canarios no eran guerreros, ni conquistadores como aquellos que su abuelo solía ver cuando vivía en Las Palmas e iban a arreglar sus barcos a la bahía del Confital, en la parte Norte de Las Isletas. En más de una ocasión, su abuelo les ofrecía unas piedras de arenisca que sacaba de los arrecifes que protegen la bahía y que los conquistadores tenían en mucho aprecio, pues se las traían en los barcos a América para hacer pilas en